

el displacer, otorga a esa dialéctica un no sé qué corporal; pero creo que en un libro de memorias hay que tratar de explicarse. Nadie debe pedirle a un creador que se explique en su propia obra creativa, pero sí al ensayista o a quien revisa y cuenta su vida. Que a Bioy no le gusten Gide, Valéry, Virginia Woolf, Huxley, Ezra Pound, Eliot y Drieu de la Rochelle nos dice algo, podemos suponer algunas razones de orden estético, pero no estaría mal que las razones nos las indicara el propio Bioy. Lo mismo cuando conoce, de la mano de Octavio Paz, a André Breton en el Café de la Place Blanche: Bioy ridiculiza al gran surrealista reduciéndolo a una viñeta. ¿Por qué? Gustos y disgustos.

El librito se cierra con dos apéndices: «Historia de mi familia» e «Historia de mis libros», este último de interés para todo lector de Bioy. Libro, pues, que abre las puertas de un mundo, de un gran mundo, y nos ofrece apenas unas migajas. Un gran escritor como él no debería permitirse ser tan ligero con su tiempo. Se puede escribir con palabras sencillas, pero para penetrar en el mundo hay que ir por lo difícil.

El arte de ensoñar. Carlos Castaneda. Seix Barral, Barcelona, 1994

Noveno volumen de la obra de Castaneda, concentrada toda ella en la investigación del pensamiento mágico de los indios de México. Esta obra puede dividirse en dos periodos: el primero, que abarca los cuatro volúmenes que van de *La enseñanza de Don Juan (una forma yaqui de conocimiento)* a *Relatos de poder*; el segundo, comprendido entre *El segundo anillo de poder* y el volumen que hoy reseñamos. Como se recordará, esta obra se inicia cuando un estudiante de la UCLA (¿brasileño, peruano?) se traslada al norte de México para estudiar con algunos indios la cultura de los psicotrópicos. Allí conoce a Don Juan (todo un personaje) y el sabio antropólogo se convierte en aprendiz de brujo, en iniciado de un saber *otro*: de la ciencia a la magia, de la lógica a la analogía, de lo visible a lo invisible, de lo racional a un mundo en el que es difícil dilucidar entre lo que es real y lo que no lo es. Golpe revelador, la vida de Carlos Castaneda encontrará a partir de ese momento un filón en el que más de treinta años después aún persiste.

La obra de Castaneda es compleja y resulta difícil aceptarla en conjunto; quiero decir que es enormemente contradictoria, pero hay algo en lo que muchos de sus detractores están de acuerdo: es un literato de verdadero talento y sus libros van de la narratividad a momentos a los que no dudo en denominar de poéticos en el más alto sentido de la palabra. Al mismo tiempo es una obra preocupada por los límites del conocimiento y por la posibilidad misma de éste. En *El arte de ensoñar*, Castaneda resucita de nuevo a su Virgilio, Don Juan Matus, para que le muestre algún círculo que no fue del todo dilucidado, o una nueva vuelta de tuerca. Como ya ha ocurrido en otros de sus libros, le hace hablar según sus preocupaciones y lecturas del momento y según el vocabulario y conceptos que Castaneda ha ido elaborando en los últimos años. Si nos preguntamos si ese Don Juan es el mismo que aparece en *Relatos de poder*, será difícil que podamos responder afirmativamente: ha perdido humor y habla como un filósofo que hubiera leído cierta filosofía analítica. Le asoma incluso algo de jerga profesoral. Es excesivo, en este sentido.

Antes de hacer una crítica algo dura sobre este libro, tengo que afirmar que sus últimas cien páginas me parecen magníficas: es un estupendo relato fantástico y lo recomiendo a cualquiera que le guste la literatura. Sin embargo, el mundo de Castaneda cada vez se parece más a la descripción de una central eléctrica: está lleno de energías que van para aquí y para allá, fuerzas y contrafuerzas. Absorto en los prodigios de la brujería, ha olvidado el mundo cotidiano, el mundo de las apariencias y el mundo de los otros (en realidad, ésta es una característica general de su obra, aumentada en la segunda serie). Si el poder es importante, lo es para hacer aquí, entre los hombres, en relación a su mundo, natural y social. Castaneda ha llegado a un callejón sin salida: lleva años cargándose de energía para (como los cohetes espaciales) salir disparado de este mundo. Es una lástima, porque si su aspiración al saber estuviera dirigida un poco más de la parrilla de electrodos, al nivel de la piel, su obra habría crecido más. Alguien dirá que no es una obra de imaginación (reflexiva y narrativa), sino un documento y, como tal, determinado por los trabajos de campo... Lo dudo mucho. No digo que en México no haya tradiciones chamánicas, todo lo contrario, pero creo más bien que Castaneda se ha basado en esa confusa

y poco explorada realidad para idear un personaje de verdad real, Juan Matus. Quiero decir: real como son reales Julián Sorel o Quijote.

Quiero insistir que el fracaso de este libro no es en el plano literario sino en el filosófico. La filosofía se inicia en nuestra tradición como diálogo, una relación que supone la existencia de los otros. En la obra última de Castaneda los otros se han vuelto energía y la energía no acaba de manifestar su sentido.

Itinerario. Octavio Paz. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1993

La palabra central de este libro (también de la obra de Octavio Paz) es *diálogo*, una palabra que está en el origen de nuestra cultura y que tantas veces olvidamos en aras del monólogo. Diálogo consigo mismo y con los otros, a través de los años, sobre la suerte del hombre enfrentado a los otros hombres, en comunidad: el arte (o artesanía más bien) de la convivencia. *Itinerario* no es un libro sobre la historia del pensamiento político: un hombre analiza las vicisitudes de sus ideas (que son las de su tiempo) mirando a los hechos y a los otros, mirándose a sí mismo. En alguna medida, este *Itinerario* recorre las aventuras políticas de nuestro siglo, marcado, principalmente, por los ideales comunistas (sobre todo, por las encarnaciones de esos ideales), el nazismo y el triunfo (siempre parcial y nunca definitivo) de la democracia.

Es imposible siquiera enumerar con exactitud la riqueza de la orografía de este itinerario: su paisaje es rico y lleno de matices; pero señalaré que el libro contiene dos extensos textos donde el autor repasa, entre la autobiografía y el ensayo sobre la historia de las ideas, lo que han sido sus preocupaciones políticas, y tres largas entrevistas a las que el autor respondió por escrito. Es normal que lo inicie con algunas explicaciones sobre su temprano libro *El laberinto de la soledad* porque allí están los dos polos que definen al hombre (soledad y comunión) y que lo llevan a salir de sí mismo y buscar a los otros, entre los otros, con los otros. De esta manera, Paz inserta sus preocupaciones políticas dentro de su destino individual, de su intimidad. La carencia fundamental (ontológica, una falta de ser nos desvela) se

convierte en una búsqueda que será doble: poética y política. No son lo mismo y este siglo ha tratado varias veces de confundirlas, pero tampoco son caminos antitéticos: lo poético debe insertarse en la vida política (en el amplio sentido de la palabra) para que nuestra convivencia no sea un mero automatismo pavloviano. En este sentido, cómo no ver que *Itinerario* puede y debe leerse como complemento a su reciente ensayo sobre el amor y el erotismo, *La llama doble*.

La preocupación central de este libro es la democracia y sus posibilidades (se hable de México o de otros países): ¿podrá resolver la tensión entre riqueza y marginación? ¿Entre libertad de mercado y despilfarro? La democracia, según Paz, es inseparable de la universalidad y de la modernidad: por lo primero es una ética política que supone la libre elección de nuestros mandatarios y por lo tanto niega cualquier tipo de dictadura; por lo segundo es heredera del pensamiento crítico. En este libro encontramos páginas duras sobre las limitaciones de la democracia (que deberían leer los que creen, sin leerle, que es un liberal a secas. De ningún modo: Paz cree en la doble tradición del liberalismo y socialismo, porque ambas son correctoras de sus limitaciones), pero en ningún momento olvida que no hemos inventado nada mejor, porque la democracia no es una respuesta sino el lugar de las respuestas, no hace sino que permite hacer; permite, sobre todo, la presencia del otro. Permitirlo no es incorporarlo y de ahí que el poeta y ensayista mexicano afile su imaginación para señalar limitaciones y entrever algunas salidas.

El gran olvido de las ideologías del siglo XX ha sido el hombre concreto (hecho de pasiones, de sentidos), y lo que éste olvida es su unidad fundamental, no hecha de preceptos sino de reconocimiento íntimo. Paz reclama, fundamentalmente, retomar la tradición kantiana que se pregunta sobre los extremos de nuestra condición, aliada al saber científico (cosmología, biología molecular y neurofísica): no olvidar las preguntas fundamentales, porque somos tiempo: vida y muerte. En cuanto a lo político, «¿cómo adaptar la democracia, que supone implícitamente una sociedad estática o dotada de un movimiento circular, a las sociedades modernas adoradoras del cambio?». Más claro: «¿cómo lograr que las sociedades modernas regresen, no a la inmovilidad sino a un ritmo histórico que combine el movimiento con el reposo e inserte lo

relativo en lo absoluto?». Volvemos a la soledad y a la comunión, testimoniados ambos extremos en este *Itinerario*, obra de una de las mentes más lúcidas de este siglo.

Los recuerdos del porvenir. Elena Garro. Ed. Siruela, Madrid, 1994

Elena Garro (México, 1920) es autora de una obra de gran interés, dividida en narración (cuento, novela) y teatro. En el primer género hay que destacar esta novela que ahora se reedita en España y que se dio a la prensa por primera vez en 1963, *La semana de colores* (cuentos), *Andamos huyendo Lola* (1980) y las obras de teatro *Un hogar sólido* (1958), *La mudanza* (1959). *Los recuerdos del porvenir* es una obra que sorprendió por su madurez y la calidad de su prosa: una escritura que tiende a las imágenes poéticas sin caer en ningún momento en la poetización de la prosa. Es, probablemente, una de las grandes obras de la narrativa mexicana, tanto por su equilibrio formal, por la calidad de su escritura como por el lugar pionero que ocupa en las letras de México. Fue una puerta que, inmediatamente, iban a atravesar otros novelistas, y no sólo de su país.

Centrada en la vida del pueblo de Ixtepec, en tiempos de la revolución mexicana y de la guerra de los cristeros, esta obra es, también, un relato de la fatalidad amorosa. Los personajes de *Los recuerdos del porvenir* giran alre-

dedor de la historia: Calles, Obregón, porfiristas católicos y revolucionarios ateos («los unía la voracidad y el origen vergonzoso del mestizo»), generales y cristeros; pero la historia más que hacerlos los deshace y transcurren sobre las páginas como un poco de polvo en mitad de la tarde. Es crónica de la historia y al mismo tiempo crítica. Hay que destacar la profundidad de ciertas observaciones políticas. Pero el sentido del libro no es tratar la Revolución, aunque esté situado en ella, sino un espacio, Ixtepec, que acaba siendo el espacio de la novela. El tiempo de esta novela, más que transcurrir parece dar vueltas en un lugar alucinado. Escrita en primera persona, desde el principio parece que el pueblo se recuerda a sí mismo con todos sus habitantes; pero finalmente vemos que esa memoria puesta en pie viene de Luisa Moncada, la amante del general Francisco Rosas, quien mató a sus hermanos. La memoria es Luisa convertida en piedra. La piedra es la imagen de la inmovilidad, de la duración también: Luisa se convierte en piedra por la tensión de la historia y las paradojas de las pasiones. Esos mundos contrarios deshacen el tiempo y al deshacerse, al perder realidad, se vuelven piedra. Esa piedra habla: «Aquí estaré con mi amor a solas como recuerdo del porvenir por los siglos de los siglos».

J. M.

